

Discurso inaugural de 1981 Ronald Reagan al asumir la presidencia.

Fuente: <https://www.reaganlibrary.gov/archives/speech/inaugural-address-1981>

El senador Hatfield, el señor presidente del Tribunal Supremo, el señor presidente, el vicepresidente Bush, el vicepresidente Mondale, el senador Baker, el presidente de la Cámara de Representantes O'Neill, el reverendo Moomaw y mis conciudadanos:

Para algunos de nosotros, esta es una ocasión solemne y trascendental, y sin embargo, en la historia de nuestra nación, es un hecho cotidiano. La transferencia ordenada de autoridad, tal como lo exige la Constitución, se lleva a cabo rutinariamente, como lo ha hecho durante casi dos siglos, y pocos nos detenemos a pensar en lo únicos que somos. Para muchos en el mundo, esta ceremonia cuatrienal que aceptamos como normal es nada menos que un milagro.

Señor Presidente, quiero que nuestros conciudadanos sepan cuánto contribuyó usted a mantener esta tradición. Con su generosa cooperación en el proceso de transición, ha demostrado al mundo que somos un pueblo unido, comprometido con mantener un sistema político que garantiza la libertad individual con mayor fuerza que cualquier otro. Le agradezco a usted y a su pueblo toda su ayuda para mantener la continuidad, que es el baluarte de nuestra República.

Los negocios de nuestra nación siguen adelante. Estados Unidos se enfrenta a una crisis económica de enormes proporciones. Sufrimos la inflación sostenida más larga y una de las peores de nuestra historia. Distorsiona nuestras decisiones económicas, penaliza el ahorro y aplasta por igual a los jóvenes con dificultades económicas y a los ancianos con ingresos fijos. Amenaza con destruir la vida de millones de nuestros ciudadanos.

Las industrias ociosas han sumido a los trabajadores en el desempleo, la miseria y la indignidad personal. A quienes trabajan se les niega una remuneración justa por su labor debido a un sistema tributario que penaliza el éxito y nos impide mantener la plena productividad.

Pero, por muy grande que sea nuestra carga fiscal, no ha seguido el ritmo del gasto público. Durante décadas, hemos acumulado déficit tras déficit, hipotecando nuestro futuro y el de nuestros hijos por la comodidad temporal del presente. Continuar con esta larga tendencia implica garantizar enormes trastornos sociales, culturales, políticos y económicos.

Tú y yo, como individuos, podemos, al pedir prestado, vivir por encima de nuestras posibilidades, pero solo por un tiempo limitado. ¿Por qué, entonces, deberíamos pensar que colectivamente, como nación, no estamos sujetos a esa misma limitación? Debemos actuar hoy para preservar el futuro. Y que no haya malentendidos: vamos a empezar a actuar, desde hoy mismo.

Los problemas económicos que sufrimos nos han afectado durante varias décadas. No desaparecerán en días, semanas ni meses, pero desaparecerán. Desaparecerán porque nosotros, como estadounidenses, tenemos la capacidad ahora, como la hemos tenido en el pasado, de hacer lo que sea necesario para preservar este último y mayor bastión de la libertad.

En la crisis actual, el gobierno no es la solución a nuestro problema; el gobierno es el problema. De vez en cuando hemos caído en la tentación de creer que la sociedad se ha vuelto demasiado compleja para ser gestionada por el autogobierno, que el gobierno de una élite es superior al gobierno para, por y del pueblo. Pues bien, si nadie entre nosotros es capaz de gobernarse a sí mismo, ¿quién entre nosotros tiene la capacidad de gobernar a otro? Todos juntos, dentro y fuera del gobierno, debemos asumir la carga. Las soluciones que buscamos deben ser equitativas, sin que ningún grupo sea señalado como el que pague un precio más alto.

Se habla mucho de grupos de interés. Pues bien, nuestra preocupación debe ser por un grupo de interés que ha sido desatendido durante demasiado tiempo. No conoce fronteras sectoriales ni divisiones étnicas ni raciales, y trasciende las fronteras de los partidos políticos. Está formado por hombres y mujeres que cultivan nuestros alimentos, patrullan nuestras calles, trabajan en nuestras minas y fábricas, educan a nuestros hijos, mantienen nuestros hogares y nos curan cuando enfermamos: profesionales, industriales, comerciantes, oficinistas,

taxistas y camioneros. En resumen, son «Nosotros, el pueblo», esta raza llamada estadounidenses.

Bueno, el objetivo de esta administración será una economía sana, vigorosa y en crecimiento que brinde igualdad de oportunidades a todos los estadounidenses, sin barreras derivadas de la intolerancia ni la discriminación. Poner a Estados Unidos a trabajar de nuevo significa que todos los estadounidenses vuelvan a trabajar. Acabar con la inflación significa liberar a todos los estadounidenses del terror del descontrol del costo de vida. Todos deben participar en el trabajo productivo de este "nuevo comienzo" y en los beneficios de una economía revitalizada. Con el idealismo y el juego limpio, que son la base de nuestro sistema y nuestra fortaleza, podemos tener un Estados Unidos fuerte y próspero, en paz consigo mismo y con el mundo.

Así que, para empezar, hagamos un inventario. Somos una nación con gobierno, no al revés. Y esto nos hace especiales entre las naciones de la Tierra. Nuestro gobierno no tiene más poder que el que le otorga el pueblo. Es hora de frenar y revertir el crecimiento del gobierno, que muestra signos de haber crecido sin el consentimiento de los gobernados.

Mi intención es limitar el tamaño y la influencia del establishment federal y exigir que se reconozca la distinción entre los poderes otorgados al Gobierno Federal y los reservados a los Estados o al pueblo. Es necesario recordar a todos que el Gobierno Federal no

creó a los Estados; los Estados crearon al Gobierno Federal.

Ahora bien, para que no haya malentendidos, no es mi intención eliminar el gobierno. Se trata más bien de que funcione: que trabaje con nosotros, no sobre nosotros; que esté a nuestro lado, no que nos oprima. El gobierno puede y debe brindar oportunidades, no sofocarlas; fomentar la productividad, no sofocarla.

Si buscamos la respuesta a por qué durante tantos años logramos tanto y prosperamos como ningún otro pueblo de la Tierra, fue porque aquí, en esta tierra, desatamos la energía y el genio individual del hombre como nunca antes. La libertad y la dignidad del individuo han estado más disponibles y garantizadas aquí que en cualquier otro lugar de la Tierra. El precio de esta libertad a veces ha sido alto, pero nunca hemos estado dispuestos a pagarlo.

No es casualidad que nuestros problemas actuales sean paralelos y proporcionales a la intervención e intrusión en nuestras vidas que resulta del crecimiento innecesario y excesivo del gobierno. Es hora de que nos demos cuenta de que somos una nación demasiado grande como para limitarnos a pequeños sueños. No estamos, como algunos quieren hacernos creer, condenados a una decadencia inevitable. No creo en un destino que nos caerá encima hagamos lo que hagamos. Sí creo en un destino que nos caerá encima si no hacemos nada. Así que, con toda la energía creativa a nuestra disposición, iniciemos una era de renovación nacional. Renovemos

nuestra determinación, nuestro coraje y nuestra fuerza. Y renovemos nuestra fe y nuestra esperanza.

Tenemos todo el derecho a soñar con héroes. Quienes dicen que vivimos en una época donde no hay héroes, simplemente no saben dónde buscar. Se ven héroes a diario entrando y saliendo de las fábricas. Otros, unos pocos, producen suficiente comida para alimentarnos a todos y al mundo entero. Te encuentras con héroes al otro lado de un mostrador, y están a ambos lados. Hay emprendedores con fe en sí mismos y en una idea que crean nuevos empleos, nueva riqueza y oportunidades. Son individuos y familias cuyos impuestos sostienen al gobierno y cuyas donaciones voluntarias apoyan a la iglesia, la caridad, la cultura, el arte y la educación. Su patriotismo es discreto, pero profundo. Sus valores sustentan nuestra vida nacional.

He usado las palabras "ellos" y "sus" al referirme a estos héroes. Podría decir "ustedes" y "suyos", porque me estoy refiriendo a los héroes de quienes hablo: ustedes, los ciudadanos de esta bendita tierra. Sus sueños, sus esperanzas y sus metas serán los sueños, las esperanzas y las metas de esta administración, con la ayuda de Dios. Reflejamos la compasión que es tan inherente a su ser. ¿Cómo podemos amar a nuestro país y no amar a nuestros compatriotas? ¿Y amarlos, tenderles una mano cuando caen, curarlos cuando están enfermos y brindarles la oportunidad de ser autosuficientes para que sean iguales de hecho y no solo en teoría?

¿Podemos resolver los problemas que enfrentamos? Bueno, la respuesta es un rotundo «sí». Parafraseando a Winston Churchill, no presté el juramento que acabo de hacer con la intención de presidir la disolución de la economía más fuerte del mundo.

En los próximos días propondré eliminar los obstáculos que han ralentizado nuestra economía y reducido la productividad. Se tomarán medidas para restablecer el equilibrio entre los distintos niveles de gobierno. El progreso puede ser lento, medido en centímetros y pies, no en millas, pero progresaremos. Es hora de reactivar a este gigante industrial, de que el gobierno vuelva a estar a su alcance y de aligerar nuestra carga fiscal punitiva. Estas serán nuestras principales prioridades, y sobre estos principios no habrá concesiones.

En vísperas de nuestra lucha por la independencia, un hombre que podría haber sido uno de los más grandes Padres Fundadores, el Dr. Joseph Warren, presidente del Congreso de Massachusetts, dijo a sus compatriotas estadounidenses: «Nuestro país está en peligro, pero no hay que desesperar... De ustedes depende el destino de Estados Unidos. Deben decidir las importantes cuestiones en las que se basan la felicidad y la libertad de millones de personas que aún no han nacido. Actúen dignamente».

Bueno, creo que nosotros, los estadounidenses de hoy, estamos listos para actuar con dignidad, listos para hacer lo que sea necesario para garantizar la felicidad y la libertad para nosotros, nuestros hijos y los hijos de

nuestros hijos. Y al renovarnos aquí en nuestra propia tierra, seremos vistos con mayor fuerza en todo el mundo. Volveremos a ser un ejemplo de libertad y un faro de esperanza para quienes ahora no la tienen.

Con aquellos vecinos y aliados que comparten nuestra libertad, fortaleceremos nuestros lazos históricos y les aseguraremos nuestro apoyo y firme compromiso. Les corresponderemos lealtad con lealtad. Nos esforzaremos por establecer relaciones mutuamente beneficiosas. No utilizaremos nuestra amistad para imponernos a su soberanía, pues la nuestra no está en venta.

En cuanto a los enemigos de la libertad, aquellos que son adversarios potenciales, se les recordará que la paz es la mayor aspiración del pueblo estadounidense. Negociaremos por ella, nos sacrificaremos por ella; no nos rendiremos por ella, ni ahora ni nunca.

Nuestra paciencia nunca debe malinterpretarse. Nuestra reticencia al conflicto no debe interpretarse erróneamente como una falta de voluntad. Cuando sea necesario actuar para preservar nuestra seguridad nacional, actuaremos. Mantendremos la fuerza suficiente para prevalecer si es necesario, sabiendo que, si lo hacemos, tendremos la mejor oportunidad de no tener que usarla jamás.

Sobre todo, debemos comprender que ningún arsenal ni arma en los arsenales del mundo es tan formidable como la voluntad y el coraje moral de hombres y mujeres libres. Es un arma que nuestros adversarios en el mundo actual no tienen. Es un arma que nosotros, como

estadounidenses, sí tenemos. Que quienes practican el terrorismo y se aprovechan de sus vecinos lo entiendan. Me dicen que se celebran decenas de miles de reuniones de oración en este día, y por ello estoy profundamente agradecido. Somos una nación bajo la protección de Dios, y creo que Dios quiso que fuéramos libres. Sería apropiado y bueno, creo, que cada Día de la Inauguración en años futuros se declarara un día de oración.

Esta es la primera vez en nuestra historia que esta ceremonia se celebra, como ya les han dicho, en esta fachada oeste del Capitolio. Desde aquí, se contempla una magnífica vista que se abre a la belleza y la historia únicas de esta ciudad. Al final de este paseo abierto se encuentran los santuarios de los gigantes sobre cuyos hombros nos apoyamos.

Justo frente a mí, el monumento a un hombre monumental, George Washington, padre de nuestra patria. Un hombre humilde que alcanzó la grandeza a regañadientes. Lideró a Estados Unidos desde la victoria revolucionaria hacia la infancia de su nación. A un lado, el majestuoso monumento a Thomas Jefferson. La Declaración de Independencia resplandece con su elocuencia. Y luego, más allá del Estanque Reflectante, las majestuosas columnas del Monumento a Lincoln. Quienquiera que comprenda en su corazón el significado de Estados Unidos lo encontrará en la vida de Abraham Lincoln.

Más allá de esos monumentos al heroísmo se encuentra el río Potomac, y en la otra orilla, las laderas del Cementerio Nacional de Arlington, con sus hileras y hileras de sencillos marcadores blancos con cruces o estrellas de David. Representan solo una pequeña fracción del precio que se ha pagado por nuestra libertad.

Cada uno de esos marcadores es un monumento al tipo de héroe del que hablé antes. Sus vidas terminaron en lugares como Belleau Wood, The Argonne, Omaha Beach, Salerno, y al otro lado del mundo, en Guadalcanal, Tarawa, Pork Chop Hill, el embalse de Chosin, y en un centenar de arrozales y selvas de un lugar llamado Vietnam.

Bajo una de estas lápidas yace un joven, Martin Treptow, quien dejó su trabajo en una barbería de un pequeño pueblo en 1917 para ir a Francia con la famosa División Arcoíris. Allí, en el frente occidental, murió intentando llevar un mensaje entre batallones bajo un intenso fuego de artillería.

Se dice que se encontró un diario en su cuerpo. En la guarda, bajo el título «Mi promesa», había escrito estas palabras: «Estados Unidos debe ganar esta guerra. Por lo tanto, trabajaré, ahorraré, me sacrificaré, resistiré, lucharé con ánimo y daré lo mejor de mí, como si el resultado de toda la lucha dependiera solo de mí».

La crisis que enfrentamos hoy no nos exige el tipo de sacrificio que Martin Treptow y tantos miles de otros tuvieron que hacer. Sin embargo, sí requiere nuestro

máximo esfuerzo y nuestra disposición a creer en nosotros mismos y en nuestra capacidad para realizar grandes obras, a creer que, con la ayuda de Dios, podemos y resolveremos los problemas que ahora nos aquejan.

Y después de todo, ¿por qué no deberíamos creerlo? Somos estadounidenses.

Dios te bendiga y gracias.

Nota: El Presidente habló a las 12 del mediodía desde una plataforma erigida en la fachada oeste del Capitolio. Inmediatamente antes del discurso, el Presidente del Tribunal Supremo, Warren E. Burger, le tomó juramento.

En sus palabras de apertura, el Presidente se refirió al Rev. Donn D. Moomaw, pastor principal de la Iglesia Presbiteriana de Bel Air, Los Ángeles, California.

El discurso fue transmitido en vivo por radio y televisión.